
“SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE...”

La muerte de Jesús

José Miguel Núñez

“... Se enteraron de esto los sumos sacerdotes y los escribas y buscaban cómo podrían matarle; porque tenían miedo, pues toda la gente estaba asombrada de su doctrina. Y al atardecer salió fuera de la ciudad” (Mc 11, 15-19).

SUCEDIÓ EN JERUSALÉN

Habíamos llegado a Jerusalén hacía unos días. La ciudad era un hervidero de gentes que iban y venían ultimando los preparativos de la fiesta. Judíos de todas partes se daban cita en la ciudad de David para celebrar el *Pesah*, la Pascua del Señor. Los días previos a la primera luna llena de primavera, día de la fiesta, cumplían el precepto de la purificación ritual como requisito imprescindible para vivir piadosamente la solemnidad religiosa.

Jesús y nosotros estábamos también allí. Por aquel entonces no podíamos imaginar cómo iba a acabar todo aquello. La entrada en Jerusalén había sido verdaderamente triunfal. Muchos aclamaron a Jesús como el Mesías y nos parecía, con cierta euforia, que el Reino se estaba haciendo realidad. La verdad es que, muy pronto, las autoridades religiosas de nuestro pueblo empezaron a recelar de aquel falso profeta de quien habían oído hablar tiempo atrás y que ahora se había atrevido a venir a Jerusalén. Su presencia les incomodó desde el principio.

EL CONFLICTO

Aquella tarde la tensión se hizo palpable en el atrio del Templo cuando un grupo de escribas y algunos de la secta de los fariseos le rodearon para preguntarle:

- *¿Por qué tus discípulos no ayunan?*
- *¿Porqué no cumplís con los preceptos rituales?*
- *¿Qué venís a hacer aquí? ¿No eres un profeta? ¡Pues cumple la Ley!*
- *¿De Nazaret? ¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?*

Jesús escuchaba con atención y se limitaba a mirarles desafiante. Por fin, con la energía de quien se siente muy libre, con la serenidad de quien no tiene nada que temer, exclamó señalando con el dedo:

- *¡Escribas y fariseos hipócritas! Sois como una cueva de ladrones... parecéis sepulcros blanqueados que, bien limpios por fuera, por dentro están llenos de podredumbre y muerte. ¿Cómo os atrevéis a arrojar en la espalda de la pobre gente preceptos y normas que ni vosotros mismos cumplís? Os gusta que os hagan reverencias y os saluden con grandes honores por las calles... y no sois más que pobres diablos que escondéis vuestras miserias bajo vuestras largos y lujosos mantos. ¿Es que no os habéis dado cuenta? ¡El hombre está por encima de la Ley! ¡El hombre es Señor del sábado! Dios no es como vosotros lo pintáis opresor y manipulador... ¡Dios quiere que el hombre sea libre! Convertíos porque el Reino está cerca y algo nuevo está surgiendo.*

Jesús dijo todo aquello con contundencia, sin parar... La atmósfera se hizo tensa, casi irrespirable... ¡Nosotros nos habíamos quedado boquiabiertos! No

sabíamos cómo reaccionar. Recuerdo que yo experimenté una gran incertidumbre porque nunca había oído hablar a Jesús así, pero por otro lado, sentí la emoción de quien aplaude con todas sus fuerzas todo lo dicho porque expresa - de forma inequívoca - lo que habías pensado tanto tiempo y nunca te habías decidido a decir.

Se pusieron furiosos y comenzaron a increparlo llamándolo falso profeta y blasfemo. Hubieran llegado a las manos, de no ser porque estuvimos ágiles y logramos sacar a Jesús afuera. Aquella noche tuvimos que ocultarnos repartidos en casa de algunos amigos. Yo, con Salomé, Felipe, Tomás y algunos otros, recalamos en casa de Silas, mi pariente. Alrededor del fuego, ya entrada la noche, comentamos asombrados y algo temerosos, cuanto había sucedido. El conflicto se haría, a partir de entonces, inevitable. Tendríamos que andarnos con cuidado porque las cosas podrían ponerse feas. No podíamos sospechar hasta qué punto.

Los días siguientes tomamos nuestras precauciones. Evitamos hacernos ver en público, aunque - en los mentideros de la ciudad - muchos comentaban lo del tal Jesús y su desfachatez al atreverse a arremeter contra los del partido fariseo. Las autoridades religiosas estaban furiosas y, decían, andaban buscando a Jesús para interrogarle.

Recuerdo muy bien aquellos días antes del final. La sensación que teníamos era de habernos metido en la boca del lobo. Sobre todo porque episodios como el del Templo se repitieron muchas más veces, aquí y allá ¡Y eso que estábamos prevenidos! Pero Jesús no quería eludir su responsabilidad. El conflicto con el tributo al César, las discusiones sobre el sábado, sus gestos liberadores que anunciaban un orden nuevo o el atreverse a poner en cuestión la interpretación de la Ley de Moisés fueron algunos de los motivos que pusieron las cosas al borde de un desenlace fatal.

La verdad es que no entendíamos (o no queríamos entender) que quería decir aquello que nos repitió tantas veces de lo del grano de trigo que para dar fruto debe romperse. Ahora sé que Jesús no fue un ingenuo. Vio venir el final, estoy seguro. Y a pesar de todo, quiso continuar porque, como dijo a algunos de nosotros aquella noche en la que lo detuvieron, se sentía en manos del Padre y estaba en juego la causa de los hombres.

AQUELLA CENA DE DESPEDIDA

Quiso que prepararan bien la cena. Fue en casa de Bernabé, en el piso superior. Entre todos prepararon los detalles para que resultara bien. Como si presintiera que estaba próximo el final, quiso encontrarse a solas con el grupo de los doce, como para despedirse de ellos. Me lo contó Tomás algunos días más tarde, cuando ya todo había terminado. Jesús estuvo jovial, entrañable, a gusto con sus amigos más íntimos. Pero al terminar la cena, se levantó y pidió un poco de atención. Se quitó el manto y pidiendo una jofaina con agua se ciño al flanco una toalla. ¡No me quiero ni imaginar la cara de algunos ante lo que estaba sucediendo! Lo cierto es que Jesús se inclinó y comenzó a lavar los pies a cada uno de ellos secándolos con la toalla. Pedro, como siempre, tuvo que dar la nota. Cuando le tocó a él, protestó diciendo:

- *¿Lavarme los pies tú a mí? ¡Ni pensarlo!*

Pero Jesús, con bondad, le respondió:

- *Si no me dejas lavarte los pies, es que no quieres nada conmigo...*

Fue entonces cuando Pedro, el cabezota, exclamó:

- *¡Claro que sí Maestro! Si es así, lávame no sólo los pies sino las manos y la cabeza...*

Al terminar, a Tomás se le humedecieron los ojos cuando me lo contaba, Jesús añadió:

- *¿Véis lo que he hecho con vosotros? Pues si yo os he lavado los pies a vosotros... haced vosotros lo mismo unos con otros.*

TODO SUCEDIÓ MUY DEPRISA

“Este nombre (cristianos) viene de Cristo, que fue ejecutado bajo Tiberio por el gobernador Poncio Pilato” (Tácito, *Anales* 15, 44, 3).

Así fue. Todo sucedió muy deprisa. Al terminar de cenar, los doce salieron a las afueras de la ciudad. Jesús quería orar, como tantas veces. Allí les sorprendió todo. Judas, uno del grupo, los había delatado señalando a las autoridades dónde estaban y allí se presentaron, de madrugada, con la intención y la orden de apresar a Jesús. No sé que pudo pasar en la cabeza de Judas, lo cierto es que - consciente o no - fue demasiado lejos poniendo en bandeja el arresto del Maestro. Supongo que se arrepentiría toda su vida.

A partir de aquí los datos son confusos. Lo llevaron como a un delincuente a la presencia del sanedrín reunido de urgencia al amanecer y dicen que lo acusaron de blasfemia y de quebrantar la Ley. Pilato, el gobernador de Judea, presionado por los sumos sacerdotes lo recibió en su Palacio bien temprano. Al enterarse que era Galileo y al no comprender nada de los líos religiosos de los judíos, lo envió a Herodes que estaba en la ciudad con motivo de la fiesta de la Pascua. No sé muy bien qué paso en el Palacio, el caso es que terminó en casa de Pilato de nuevo quien, finalmente, autorizó su ejecución a instancias de los sumos sacerdotes y la presión de unos cuantos exaltados.

Ninguno estuvimos con él. La noche anterior todos escaparon. Algunos no nos enteramos hasta bien entrada la mañana... ¡Todo sucedió tan deprisa! Se me heló el corazón cuando lo vi desnudo y ensangrentado camino del Gólgota; lloré impotente cuando -como tantas veces - cruzo su mirada con la mía al pasar junto a mí, desfigurado el rostro por el dolor. No pude hacer nada. No supe hacer nada. Con él, fueron atravesados también mi dolor, mi esperanza y mis anhelos más profundos.

Aquel día, el cielo se partió en dos. La tarde se hizo oscura cuando murió y en él se nos fue la vida.

LA VIDA Y LA MUERTE

Jesús pasó haciendo el bien, denunciando y combatiendo todas aquellas actitudes y situaciones que eran un obstáculo para la irrupción del reino, es decir, contra todo lo que suponía una amenaza para la vida del hombre, para su dignidad y su libertad. Una propuesta desestabilizadora que inquietó a todos aquellos que vivían demasiado seguros de sí mismo y de sus tradiciones pero que alentó la esperanza en los corazones de los que anhelaban una nueva situación en la que poder recuperar el futuro que la historia y los poderosos les había arrebatado.

Aquel que dijo de sí mismo que había venido “para que tengan vida y vida en abundancia” (*Jn* 10, 10), se dejó la vida en el surco del camino y su muerte no fue más que la expresión más radical de una entrega generosa hacia la que apuntaba ya cada gesto liberador en cada recodo de la vereda. La muerte de Jesús en la cruz no tendría sentido sin su vida y ésta - a su vez - sólo podía ser refrendada con la

coherencia hasta el final de quien sabe que “el grano de trigo, si no cae en la tierra y muere, no puede dar fruto”

Allí, en la soledad del madero recortado entre el cielo y la tierra, estaban todos; ciegos y paralíticos, putas y abandonados... todos atravesados con los mismos clavos clamando ¡Abba, Padre! Y en el oscurecerse de aquel atardecer retrembló estremecida la tierra que gritó desde sus entrañas: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

La vida y la muerte... ¿no son, acaso, la misma realidad? En la historia del Nazareno, el madero marca la sutil distancia entre una y otra. En esa frontera, sólo el amor es digno de fe.

PARA DIALOGAR EN EL GRUPO

1. ¿Crees que la muerte de Jesús fue un “accidente”? ¿Por qué? ¿Cómo entiendes, entonces, que Dios “permitiera” la muerte del Hijo?
2. Jesús confía en el Padre hasta el final... ¿Qué te sugiere su actitud? ¿Cómo entiendes su oración en Getsemaní? ¿Y sus palabras en la cruz?
3. ¿Cómo afronta Jesús su muerte? ¿Y sus discípulos?
4. ¿Qué sentido tiene la muerte de Jesús en la historia de la salvación? ¿Qué significa en tu experiencia creyente?